

11	Los elefantes no bailan <i>ballet</i>
19	¿Qué le pongo?
29	Una de Woody Allen
37	Una trenza
45	Programa de lavado
53	Instrucciones para no llorar
61	Llamada perdida
69	La cita de las cinco de la tarde
75	Una casa vacía
85	Calcetines
91	Un viaje en metro
97	Ventanas
105	Como quien pide tabaco
113	El arte de perder el tiempo
121	La compra de los sábados
127	El olor de los martes

Los elefantes no bailan ballet

Siempre hay niños corriendo por mi calle.

Van de la mano de sus padres y llevan mochilas de unicornios, Mickey Mouse y Spider-Man. Tienen la cabeza llena de rizos, el pelo recogido en dos coletas o sujeto con pinzas de sirenas y mariposas. Todas las mañanas a las ocho oigo sus voces agudas y los observo cruzar el paso de cebra desde el coche, mientras espero a que el semáforo se ponga en verde.

Cada vez que Irene los ve, un aire melancólico aparece en su mirada. Cuando compramos el piso en esta zona, por recomendación de mi cuñada, nos pareció bien que estuviese enfrente de un colegio. Habría sido muy práctico, claro que sí. Luego Irene se acostumbró a salir al trabajo más tarde, cuando los niños ya estaban sentados en el aula dibujando círculos de colores y jugando con las plastilinas. Pero eso no era suficiente, porque el mundo está lleno de mujeres embarazadas a las que se les cede el asiento cuando van en el metro, de carritos de bebé y anuncios de pañales en las marquesinas de los autobuses. Y, aunque trataba de esquivarlos en el paseo de los domingos, era imposible hacer desaparecer todos los parques, esos parques llenos de niños rubios con mofletes sonrojados que se balancean en los columpios y se tiran por el tobogán.

Aquella mañana no me fijé en los niños porque estaba cansado y bajé los seis pisos despotricando contra el

ascensor estropeado. Me había cortado al afeitarme, tenía la camisa arrugada y las ojeras se me marcaban como dos bolsas negras. Solo había tomado un café rápido de pie en la cocina y no recordaba si le había dado un beso a Irene. Cogí las llaves que estaban sobre la encimera e ignoré a la gata que me miraba desde el sofá con ojos lastimeros.

En el portal me encontré con la señora Emilia, la vecina de enfrente que se entera de todo lo que ocurre en el edificio. Su perro, que llevaba puesto un chaleco rojo, olisqueó mis zapatos. Buenos días, ¿va a dar el primer paseo de la mañana? Sujeté la puerta y esperé a que salieran. Gracias, hijo. Abrígate que ya han bajado las temperaturas. Hasta luego, hasta luego. En sus ojos vi la pregunta que le encantaría formular, esa pregunta que seguro que había hecho delante de su marido, que por qué esa pareja que vive en el quinto no tiene hijos, qué pena, con la buena familia que harían.

Aquella era la cuestión sobre la que todos nuestros conocidos se sentían con derecho a opinar y a la que respondíamos con una sonrisa forzada o un comentario vago. Al principio a ninguno nos preocupaba el tema de los hijos. Sin embargo, a medida que nuestros amigos nos llenaban el móvil de fotos de bebés recién nacidos (bebés dormidos, bebés mirando sorprendidos a la cámara, bebés agarrando un oso de peluche, bebés con la boca abierta en una sonrisa sin dientes), y que todas las conversaciones girasen alrededor de guarderías, pediatras y lactancia materna, nos encontramos mirándonos con inquietud. Una tarde que hicieron limpieza en casa de

mi suegra, Irene trajo algunos libros ilustrados de su infancia. Los dejó sobre la mesa del salón en un montón desordenado de colores y formas. Recuerdo la historia de un elefante que quería bailar *ballet* que me pareció ridícula. Ella acariciaba las páginas con ternura mientras yo miraba por encima de su hombro con escepticismo. Pasaron los meses y el libro seguía abandonado en un estante del salón, con su elefante con grandes orejas y tutú rosa.

Cuando la señora Emilia y su perro salieron, cerré la puerta y el frío de la calle me golpeó. Busqué mi coche aparcado cerca del paso de cebra y esquivé una valla tirada en el suelo. Esa semana los obreros habían estado levantando la acera y todo estaba lleno de polvo y fragmentos de baldosas. Quité un folleto de una clínica dental del parabrisas y arrugué el rostro de una pareja de sonrisa deslumbrante que se abrazaban por la cintura.

Al principio pensaba que lograría llenar esa ausencia que existía entre Irene y yo. Estaba convencido de que era yo el que tenía que salvarla, el que tenía que seguir adelante por los dos. A veces notaba su irritación, su mirada resentida por no comprender su dolor, su vientre vacío. Parecía acusarme de no desear aquel hijo con la misma intensidad. Con los años, dejamos de pensar en el nombre que le pondríamos y dimos los libros infantiles a nuestros sobrinos, entre los que se encontraba el del elefante con aspiraciones de bailarín. Uno de los cuartos se convirtió en un despacho y el otro se quedó como la habitación de invitados. Hicimos un viaje de un

mes a Tailandia, compramos el coche, adoptamos a la gata. Nos acostumbramos a escaparnos el fin de semana a Gandía, a disfrutar de nuestra independencia frente al bullicio de nuestros amigos con hijos.

El semáforo estaba en rojo y los niños esperaban en la acera, abrigados con bufandas y gorritos de animales. En la mochila llevarían su estuche lleno de rotuladores, la libreta de hojas de cuadrícula, el sándwich envuelto en papel de aluminio que sus padres les habrían preparado esa mañana. Esos mismos padres que cogían la mano de su hijo con aire distraído y que nunca se habrían planteado nuestra situación.

De vez en cuando la nostalgia volvía a invadir a Irene y entonces sus movimientos se enlentecían y sus silencios eran más prolongados. No sabía que yo también pensaba en cómo serían nuestras noches con una criatura que lloraba en mitad de la madrugada y se aferraba a mi mano con sus dedos diminutos. Que yo también escuchaba a nuestro hijo gateando por el suelo de la cocina, con los juguetes esparcidos sobre la alfombra del salón. Que me imaginaba a un niño con su camiseta de Pokémon o una niña con el pelo rizado como su madre, bajando los escalones de la entrada y acariciando al perro de la señora Emilia. Una niña a la que le entusiasmaría que un elefante bailase *ballet*. Solía observarla entre los niños que pegaban saltos por el frío en el paso de cebra.

Pero aquel día no la vi porque me monté con prisa en el coche, que tenía los cristales helados. Por eso puse el calefactor y me froté las manos antes de arrancar. Por eso subí el volumen de la radio para saber en qué carretera

había atasco y resoplé al mirar los números rojos que marcaban las 8.23. Por eso arranqué el motor pensando que no llegaba a la reunión y di marcha atrás sin mirar, hasta que escuché un golpe seco.

Todo ocurrió en unos segundos. El grito de una mujer sonó desde la otra acera y algo frío se agarró a mi estómago. Los rostros de los niños se volvieron hacia mí. La señora Emilia se detuvo en la esquina, incluso el perro con el chaleco rojo se giró con las orejas levantadas. La radio seguía sonando, anunciando unas vacaciones de una semana en Mallorca. Pensé: por qué no puedo volver atrás. Darle al botón de retroceder: sujetar la puerta, saludar a la señora Emilia, montarme en el ascensor, coger las llaves, meterme de nuevo en la cama. Por qué no puede volver a ser como tres, cuatro, cinco segundos antes. No puede ser que todo cambie en un instante. Devolvedme mi vida, en la que era feliz sin haber atropellado a nadie. Solo quiero volver a levantarme esta mañana, tomarme el café, acariciar a la gata, darle un beso a mi mujer. Por favor, por favor. No pido nada más. Que el mundo se detenga antes de las 8.23 de este maldito lunes.

Me bajé del coche con las manos temblando. Intuí que nada volvería a ser igual, que no podría ver a esos niños cruzando la acera con sus mochilas de unicornios y de Mickey Mouse. Que tendría que esconder todos los parques del mundo con sus columpios y toboganes, y prohibir los anuncios de pañales y toallitas para bebé. Que aquel crío al que acababa de atropellar nunca sabría que los elefantes no pueden bailar *ballet*. El pulso

me latía desbocado cuando vi la señal amarilla y negra aplastada bajo mi rueda trasera. El semáforo se puso en verde y los niños cruzaron el paso de cebra. Una madre se inclinaba para reñir a su hija por soltarse de su mano mientras esta agachaba la cabeza. La señora Emilia y su perro desaparecieron en la esquina. En el aire seguían sonando voces infantiles. Permanecí apoyado en la puerta del coche mientras mi pulso se normalizaba, la radio anunciaba las noticias del día, el reloj avanzaba hacia la reunión con mi jefe.

Unos minutos después, cuando ya no quedaba ningún niño en la calle, Irene salió con el bolso colgado del brazo y un pañuelo de flores al cuello. Estaba sacando algo del bolso y un mechón de pelo le caía sobre el rostro. Al principio no giró la cabeza y el golpeteo de sus tacones sonó sobre la acera. Luego vio el coche mal aparcado, el bolardo amarillo aplastado bajo la ruedas, mi gesto en el que se mezclaba la derrota y el alivio. Sus labios se abrieron a una pregunta que no formuló. Por primera vez en mucho tiempo la compasión apareció en sus ojos y supe que ella era la única que podía salvarme.